

POSICION DE LA F. A. I.

ANALOGIA

"Ni Hitler ni Mussolini pueden aceptar la existencia de una España revolucionaria, que sería para ellos un peligro mortal. Existe, si se quiere, una situación que no deja de tener analogía con la de 1793, cuando se quiso formar la coalición de todos los Estados europeos amenazados no tanto por la potencia material de los ejércitos de la Convención como por el formidable dinamismo, la potencia de propaganda de las ideas de libertad e igualdad que encarnaba la Revolución francesa. A este respecto, no está prohibido pensar que la España de hoy será formarse contra ella una coalición armada de los gobiernos alarmados por su voluntad de vivir."

(*Le Libertaire*, órgano de la Unión Anarquista de Francia.)

NOSOTROS Y LOS POLITICOS

Como anarquistas hemos estado siempre contra las soluciones políticas de los partidarios del poder, de los cultores del Estado, de los seguidores de las leyes.

Para nosotros, una sola actitud correspondía al proletariado, a los trabajadores, a los obreros y campesinos robados por la clase capitalista: preparar y hacer la Revolución.

Cuando Marx y Engels marcaron el camino de la lucha por el poder, Bakunin y los anarquistas de la primera Internacional insistieron en la posición revolucionaria. El uso del engranaje estatal no permitiría llegar al socialismo. El Parlamento no sería campo de propaganda socialista, sino que absorbería y ahogaría el espíritu revolucionario. Si la emancipación de los trabajadores iba a ser obra de los trabajadores mismos, sólo había crear fuerzas proletarias capaces de realizar la Revolución social.

La lucha antifascista nos impuso el sacrificio de colaborar en el aparato de gobierno. La unidad antifascista con fuerzas políticas llevó a nuestra organización confederal a cargos de responsabilidad, en aras siempre de la guerra a muerte llevada al fascismo. Con la lealtad que siempre procedimos, dimos la mano a quienes quisieron luchar contra el enemigo de la libertad del pueblo. Seguimos cumpliendo el compromiso, en la convicción de que la unidad en la acción revolucionaria es lo que puede llevarnos al triunfo.

No hemos dejado de mantener nuestros conceptos ideológicos. Seguimos pensando del Estado, de la burocracia, de las dictaduras de cualquier tipo, lo que pensábamos antes del 19 de julio. Sabemos que la «política de partidos» dicta las actitudes de los grupos que comparan con nosotros la dirección del país y de Cataluña. Tenemos experiencias en las pasadas revoluciones, que son enseñanzas que jamás olvidaremos. Los entretelones de esta crisis que está en el comentario público, nos demuestran, y prueban al pueblo, que la herencia malsana de la política de sector, de la rivalidad, del personalismo, están provocando sus consecuencias ahora, a pesar de lo trágico de la hora, y en las circunstancias de guerra en que nos hallamos.

El anarquismo confía en el pueblo. Y con el pueblo quiere hoy la unidad, la más sólida ligazón entre todos los antifascistas. Por eso ha sellado el pacto en los hechos, ha transigido en tradicionales posiciones, y coopera con todas sus fuerzas en la lucha.

Cualquiera que plantee sus miserables asuntos de predominio, que ponga escollos a la unión, será tenido bien en cuenta. Con nuestras organizaciones, arraigadas y predominantes en Cataluña, hemos dado el ejemplo a los políticos antifascistas, renunciando a realizaciones totalitarias con el pensamiento puesto en la Victoria. Seguimos siendo la misma mayoría revolucionaria y teniendo las mismas ansias de libertad, el mismo amor al pueblo, que antes. Tenemos la razón, y también tenemos la fuerza y demostraremos a quienes intenten zancadillas, escamoteos o ensayos dictatorialistas, que la F. A. I. y la C. N. T. pueden sujetarlos.

El último Pleno de la Federación Regional de Grupos Anarquistas de Cataluña ha tomado un acuerdo de suma trascendencia. Con él ha fijado la posición del anarquismo frente a las necesidades del momento. Vamos a exponer cada una de las afirmaciones de la Ponencia que hemos dado a conocer en el número anterior de TIERRA Y LIBERTAD, comentándolas brevemente.

1.º Reafirma su pensamiento y su acción antiestatal y anticapitalista.

Toda la propaganda y la acción del anarquismo se ha basado en el anticapitalismo y en el antiestatismo. Ambas formas del dominio económico y político significan la negación de los derechos del productor y de las libertades del individuo. El capitalismo tiene en el Estado su instrumento de defensa. La explotación de los obreros, campesinos, técnicos, permite la acumulación de las riquezas y del poder económico — máximo poder para el sometimiento de los desposeídos — en manos de la minoría improductiva. Mediante la legislación que garantiza a la burguesía el derecho de propiedad, con el sistema punitivo carcelario, con las fuerzas armadas modernamente, el Estado es el punto más sólido del régimen capitalista. Frente a la tesis marxista que asigna al Estado funciones transitorias de creador de la nueva sociedad y sostiene que irá debilitándose paulatinamente hasta desaparecer cuando sea suprimida la diferencia de clases, el anarquismo sostiene la inutilidad del Estado y afirma que su subsistencia después del hecho revolucionario significa la creación de un nuevo poder, de una nueva dictadura, con el consiguiente nacimiento de burocracias privilegiadas, con la lógica implantación del gobierno de partido o del o los jefes del partido dominante.

Siendo posible la organización económica sobre bases socialistas, la nueva ordenación económica requiere nuevas formas políticas. La posición anticapitalista y antiestatal del anarquismo se afirma con los hechos históricos y en la seguridad de poder transformar la vida, dando a todos la posibilidad de satisfacer sus necesidades a cambio del trabajo con los medios de producción socializados. La organización federativa, de abajo arriba, de la base al vértice, de los organismos económicos y sociales, sustituirá al sistema estatal.

Esta reafirmación de principios, tiene su razón de ser en estos momentos. Por imperio de las circunstancias de la guerra, la C. N. T. y la F. A. I. han debido intervenir en el engranaje gubernamental. La colaboración impuesta por la suprema e ineludible obligación de derrotar al fascismo, la coexistencia de otros sectores antifascistas, nos han llevado a obrar sacrificando posiciones ideológicas. Pero ello no ha significado nuestra renuncia al ideal y a las tácticas de lucha que informan al anarquismo. Esto no quiere decir que la ocupación de puestos de responsabilidad en dependencias del gobierno central y de la Generalidad, a que hemos sido forzados por las exigencias de la guerra, implique un viraje en nuestros conceptos doctrinarios. No. Seguimos siendo tan anarquistas como antes y seguimos teniendo del Estado y de las soluciones dictatoriales — cualquiera sea su denominación — la misma opinión.

Ante el mundo entero, ante nuestros movimientos anarquistas hermanos, ante los que han torcido deliberadamente la interpretación de los sucesos de España y de nuestra participación momentánea en el gobierno, esta resolución de la F. A. I. tiene un valor inapreciable, histórico, podemos afirmar sin exageración.

2.º Propicia soluciones de equidad y solidaridad, nivelando los medios económicos y utilizando la riqueza social en beneficio de todos.

El anarquismo tiende a establecer una nueva moral, en base a la solidaridad, el apoyo mutuo, la igualdad. Para hacerlo efectivo, para no dejarlo limitado a letra muerta de cualquier constitución o ley, parte de la cuestión fundamental de la satisfacción de las necesidades fisiológicas, culturales, espirituales, del ser humano. Ya Proudhon sentó un principio categórico: sin igualdad económica es imposible la libertad política. Y Kropotkin realizó su obra magna, documentada en su "Apoyo Mutuo", recogiendo del estudio profundo de los sucesos uno de los fundamentos sociológicos más preciados del anarquismo. La solidaridad, el "apoyo mutuo" ha sido y es ley natural que supera a la "lucha por la vida" y permite un efectivo crecimiento de la fuerza y la duración de una misma especie.

El comunismo precisa para ser realizado en sus grandes virtudes niveladoras de una moral solidaria, de una mentalidad superior, que extirpe los prejuicios y los costumbres viciosas generadas por el convivir capitalista. La riqueza social es el producto del trabajo conjunto de todas las generaciones pasadas y no puede fijarse precio para el trabajo de unos y de otros en el complicado engranaje de la producción moderna. En "La Conquista del Pan", también Kropotkin plantea la imposibilidad de "dar a cada uno según su trabajo". Y Ricardo Mella, cuando habla de la "Ley de compensaciones", tritura con pluma maestra el sistema de la retribución según la capacidad de producción de cada uno, señalando lo absurdo, lo injusto e inhumano de una escala de valores que da al más capaz por naturaleza, al más fuerte, lo que precisa el débil, aquel que por conformación física, por causas que no dependen de su voluntad, necesita del calor del alimento abundante, de la ayuda, de la solidaridad de los fuertes y más aptos.

Nivelar los medios económicos es poner a todos en condiciones de adquirir productos. Es suprimir la deplorable desigualdad característica del sistema burgués: quien tiene más pesetas mejor come. Es establecer, dentro de las posibilidades en existencias de productos, un sistema que dé a todos lo que en abundancia haya, y racione, empezando por ayudar a los débiles, lo que escasea. Nuestra revolución debe realizar esa gran tarea. Esto es socialismo verdadero. Hasta que desaparezcan los actuales privilegios, hasta que todos puedan comer y vivir, hasta que la riqueza social sea aprovechada igualmente por todos, no podremos hablar de equidad, de justicia, de socialismo.

La realidad presente reclama esta afirmación de la F. A. I. para señalar soluciones a las dificultades que hoy castigan al pueblo. Tampoco el anarquismo renuncia a realizar sus postulados igualitarios. Una cosa es la situación creada por la guerra y muy otra la meta a la que hay que ir llegando, a la que hemos de acercarnos sobre la marcha misma de los acontecimientos.

3.º Entiende que los grupos dedicarán sus actividades a persuadir a los trabajadores a que seleccionen la producción, incrementando la considerada útil y conveniente en los momentos actuales y eliminando la innecesaria.

Hay en la actualidad algunas industrias, empresas, tareas, que no llenan ninguna misión útil y que significan un derroche en momentos en que, por otra parte, debe incrementarse, redoblar la producción, para resolver a nuestro favor la guerra.

Es un atentado que incide directamente sobre los resultados de nuestra lucha, todo cuanto signifique derroche inútil de energías, mal aprovechamiento de los esfuerzos. Estamos viviendo en tiempo de guerra y la libertad mal entendida de quienes están al margen de sus exigencias, debe ser reprobada. Los trabajadores deben conocer qué es lo que sobra y qué es lo que es imprescindible para el éxito de la guerra y de la revolución.

Sin contemplaciones hay que eliminar el trabajo innecesario, destinándose los camaradas que lo efectuaban a otras labores. No hay que hacer cuestiones de oficio o especialización cuando se trata de trabajar para ganar la guerra y por ende hacer triunfar la revolución. Cada obrero debe sentirse orgulloso de poder aportar esfuerzos donde sea más necesario. En cada Sindicato han de promoverse estos problemas, para que la conciencia revolucio-



Madrid no tiene miedo al coco fascista.

(De «Frente Libertario», órgano de las milicias confederales de Madrid)

naría haga raíces en el cerebro de cada trabajador. Dejar la herramienta que hace cosas que no sirven ahora o que no urgen. Y trabajar, con todas las fuerzas, sin medir el tiempo, por la victoria.

Se impone la selección de la producción útil. Del grado de comprensión de los trabajadores depende su practicidad. El acuerdo incita a los grupos anarquistas a propagar esta consigna vital para la causa del pueblo.

4.º Es necesario suprimir la burocracia parasitaria, aumentada considerablemente en los actuales momentos en las fábricas, los talleres y en los organismos municipales y del Estado.

Que el Estado ha sido foco eterno de una clase especial, la burocracia, lo hemos sostenido incesantemente. Pero es ahora problema que se ha extendido y nos enfrenta a una corriente peligrosa para la revolución.

La colectivización por empresa, con la creación de consejos y comités, ha dado nacimiento a nuevos burocratas salidos del propio seno de los trabajadores. Desconociendo los fines del socialismo, alejados del espíritu, de la revolución, los elementos que han pasado a manejar el timón de talleres e industrias parcialmente, al margen del control sindical, proceden como una verdadera nueva burocracia, con plenos poderes, apareciendo como los nuevos patronos.

También en las oficinas del Estado y de los organismos municipales se observa el aumento de la plaga del "enchufismo". Y estas cosas deben terminar. Corresponde a los Sindicatos, a los personales de fábricas y talleres, poner un dique eficaz a la corriente del burocratismo. Y el medio de conseguirlo está en la misma organización sindical.

El parasitismo debe ser extirpado de la nueva sociedad que gestamos. Comenzar por combatirlo con remedios eficaces es imperioso deber nuestro.

5.º La organización del trabajo ha de estar en manos de los Sindicatos, industrialmente organizados, y en los Consejos Comunales, evitándose las colectivizaciones parciales de empresa, que constituyen una negación rotunda del espíritu de socialización.

Es este uno de los puntos básicos de la Ponencia. Por cuanto ofrece la solución a los males arriba señalados y pone las cosas en su verdadero terreno. La socialización del trabajo reclama la intervención amplia de los obreros organizados. Ya antes del 19 de julio los anarquistas han formulado la estructura económica post-capitalista dando a los Sindicatos la misión de organizar todas las industrias. Las colectivizaciones parciales, si bien ponen en manos de los obreros el taller o la fábrica, no significan la intervención sindical en toda su amplitud. Organizados los sindicatos por industrias, cada una de éstas se enlaza a las demás federativamente. Se organiza el trabajo, se estudian los problemas técnicos, se hace todo directamente por el Sindicato. En cada lugar de trabajo se agrupan los obreros en sus respectivos comités, formando así la red básica de la industria. Pero no existe la parcializada empresa en que los obreros trabajan por su cuenta.

La sindicalización por industrias es imponible, como paso previo a la socialización. Y en las localidades pequeñas los Consejos comunales pueden organizar la producción y el consumo. El conjunto de la vida económica pasará así a los organismos de los productores. Y todo el conjunto de Sindicatos de industria y Consejos Comunales abarcarán la producción en forma rentitiva y de acuerdo a principios de efectiva socialización. Sobre este apartado del acuerdo nos ocupamos aparte.

6.º Como complemento de la socialización de la producción, propiciamos la distribución socializada, para evitar las especulaciones, que perpetuarían la desigualdad económica que queremos extirpar.

Este aspecto de la nueva economía es una consecuencia lógica de lo afirmado en el primer punto. No es posible que persista la especulación a costa de las necesidades y del hambre del pueblo. Esta especulación es originada por las franquicias del dinero en la adquisición de productos, por la falta de posibilidades de conseguir lo que escasea para quienes no tienen la suerte de disponer de sumas crecidas. Socializar la distribución quiere decir poner a todos en el mismo plano en cuanto a la adquisición de productos. Con ello ha de resolverse el problema de más alto sentido solidario de una revolución de carácter social.

Si el régimen capitalista se ha distinguido por la injusta desigualdad económica, por el poder del dinero, por la angustiada miseria sufrida por los que sólo tenían sus brazos para alquilar a cambio de un salario mínimo, por la tragedia de los millones de desocupados lanzados a la inactividad por el mecanismo super-revolucionado del aparato burgués, el orden de vida que queremos implantar ha de liquidar cuantas fallas y lacras ha tenido que soportar el pueblo.

Dar a todos el derecho a la alimentación, a la vivienda, a la cultura, es el deseo del anarquismo cuando propicia la socialización de la distribución.